

habian dado para encontrar á los alborotadores, y les dejó en pago de su trabajo una docena de maldiciones, llamandolos ademas perezosos, descuidados y holgazanes.

Leicester tuvo tambien por conveniente mostrarse muy enfadado por igual motivo; pero al fin dió á entender al lord Hunsdon, que en resumidas cuentas no podian ser sino algunos calaveras borrachos, que quedaban bien castigados con el susto que les habria causado el verse perseguidos de aquel modo.

Hunsdon, que era tambien cofrade del trago, convino en que el vino debia servir de excusa á muchos de los desórdenes que causa, y añadió:

— Pero si vuestra señoría no modera algun tanto su liberalidad en el gasto de la casa, y no pone modo en la distribucion del vino, del ale y de los licores, me veré al fin obligado á poner presos á muchos guapos, y á zurrarles bien la badana; y con esto tenga vm. muy buena noche.

Muy contento de verse libre de él, se despidió Leicester á la entrada de su alojamiento, en donde se habian encontrado al principio; volvió luego al tránsito secreto, y tomó la lámpara que habia dejado allí, cuya escasa luz le guió hasta su habitacion.

---

## CAPITULO XLI.

A un lado, á un lado, señores,  
Vamos, dejadme pasar,  
Que mi caballo es un viento  
Cuando empieza á galopar.  
Os diré, y lo diré en verso,  
Que está ufano el animal  
De descender de una raza  
Mas noble que los demas.  
Su padre se hizo famoso  
Cuando á su real magestad,  
La hija de Enrique, Leicester  
Dió una fiesta sin igual.

*Máscaras de los mochuelos, por Ben Johnson.*

LA diversion que se preparaba á Isabel y á su corte para el dia siguiente, era un combate entre los Ingleses y los Dinamarqueses, que debian representar los fieles y animosos habitantes de Coventry, en conformidad de una costumbre conservada en su antiguo pueblo, y cuyas crónicas daban fé de su autenticidad.

Los ciudadanos, divididos en dos bandos, Sajones y Dinamarqueses, recordaban en versos bastante duros, acompañados de golpes más duros todavía, las querellas de aque-



llas dos valientes naciones, y la magnánima impavidez de las amazonas inglesas que tuvieron la mas grande parte en la matanza general de los Dinamarqueses, el martes segundo despues de Pascuas del año de gracia 1012. Esta diversion, que fué en otros tiempos el pasatiempo favorito de los habitantes de Coventry, habia sido interdicha, segun parece, por el rigorismo de algunos ministros de una secta rigida, que debieron tener mucho influjo sobre los magistrados. Pero casi todos los habitantes del pueblo habian dirigido memoriales á la reina, para que se les permitiese su diversion nacional, y para obtener el permiso de representarla delante de su magestad. Cuando se trató de esta cuestion en el consejo privado á que asistia ordinariamente la reina, la demanda de los habitantes de Coventry, desaprobada por algunos de los miembros los mas severos, fué apoyada por Isabel. Dijo que los placeres de esa especie entretenian, de un modo inocente, á muchas personas que sin ellos podrian emplear sus ratos ociosos en juegos perjudiciales, y que sus predicadores, por mas recomendables que fuesen por su ciencia y santidad, declamaban con demasiada amargura contra los pasatiempos de sus ovejas.

De este modo los habitantes de Coventry

lograron su intento. Por consiguiente, despues de un almuerzo que el señor Laneham llama un *almuerzo de Ambrosia*, los principales personajes de la corte, acompañando á su magestad, acudieron juntos á la torre de la galería, para ver acercarse los dos ejércitos enemigos, ingleses y dinamarqueses.

Dada la señal, la barrera del parque se abrió para recibirlos. Entraron juntos todos, los de á pié y los de á caballo, porque los mas ambiciosos entre los artesanos y labradores se habian puesto trages estraños, imitando los de los caballeros, para representar la nobleza de las dos naciones. Sin embargo, para evitar desgracias, no se les permitió presentarse sobre caballos verdaderos; tuvieron que echar mano de aquellos caballos de madera, que daban antiguamente á las danzas moriscas su principal atractivo, y que solemos ver aun en nuestros dias en el teatro, en la grande batalla que da fin á la tragedia del señor Bayes. La infantería seguia con trages muy estraños. Toda esta parada podia considerarse como un remedo de aquellos espectáculos mas espléndidos, en los cuales la nobleza hacia su papel, é imitaba con la fidelidad posible los personajes que representaba. La fiesta de que hablamos tenia un aspecto muy diferente, porque eran los actores de una clase inferior, y



se picaban todos de tener los trages mas ridiculos y estrafalarios. Asi es que sus disfraces, que el temor de detener demasiado el curso de nuestra historia nos impide describir, eran bastante estraños, y sus armas, aunque capaces de dar terribles golpes, eran solo unas varas largas en lugar de lanzas, y palos en vez de sables. En cuanto á las armas defensivas, la caballería y la infantería estaban provistas de cascos sólidos y de escudos de un cuero recio.

El capitan Coxe (autor jocoso de Coventry, cuya biblioteca de balatas, de almanques é historietas, encuadrada en pergamino, buscan aun con ansia los anticuarios) era en persona el ingenioso director de la fiesta. Se adelantaba bravamente á caballo, al frente de las partidas inglesas: tenia un aspecto fiero, dice Laneham, y blandia su gran sable como cónvenia á un guerrero experimentado que habia servido al padre de la reina, el rey Enrique, en el sitio de Boloña. Este general fué por consiguiente el primero que entró en la carrera; pasó cerca de la galería, al frente de sus compañeros, y bajando respetuosamente delante de la reina la punta de su espada, hizo al mismo tiempo una corveta, cual no habia hecho hasta entónces jamas ningun caballo de madera con dos piés.

Continuando despues su camino con toda la comitiva de caballeros é infantes, los formó diestramente en órden de batalla al estremo del puente, aguardando á que sus antagonistas se preparasen al ataque.

No tuvo que aguardar mucho tiempo, pues los Dinamarqueses, infantería y caballería, en nada inferiores á los Ingleses, llegaron casi al mismo tiempo: iba á su frente la chirimia, instrumento nacional, y obedecian las órdenes de un gefe que cedia solamente al capitan Coxe en el arte de la guerra, si no era acaso su igual. Los Dinamarqueses, en calidad de agresores, se apostaron bajo la torre de la galería, al frente de la de Mortimer, y cuando hubieron tomado bien todas sus medidas, se dió la señal del combate.

En la primera carga los combatientes se mostraron bastante moderados, porque los dos partidos temian verse rechazados hasta el lago; pero, segun iban llegando los refuerzos, la escaramuza llegó á hacerse una batalla furiosa. Cerraron unos con otros, segun lo afirma Laneham, como berracos *inflamados por los zelos*; chocaban con tal furor, que algunas veces caian por tierra entrámbos adversarios, y los sables de madera y sus escudos se estrellaban con terrible ruido. Sucedió en muchos lances lo que temian los mas es-



perimentados guerreros que habian empeñado el combate: las balastradas que protegian los lados del puente, y que tal vez expreso estaban mal aseguradas, cediéron á los esfuerzos de los combatientes que se impelian unos á otros, de modo que el valor del mayor número de ellos se resfrió bastante. Estos accidentes hubieran podido llegar á ser mas serios de lo que convenia en lances de esta clase, pues muchos de los campeones, que se viéron en aquel caso, no sabian nadar, y los que sabian se hallaban embarazados con sus armaduras de cuero y de carton: pero se habia previsto el caso, y habia muchas lanchas prontas á recoger á los guerreros desgraciados, y desembarcarlos en tierra firme. Allí, desanimados y hechos una sopa, se consolaban y reanimaban con cerveza caliente y licores fuertes que les daban liberalmente, sin mostrar el menor deseo de volver á tan peligrosa pelaza.

Solamente el capitan Coxe, despues de haber sido precipitado dos veces, con su caballo y todo, desde el puente hasta el lago, pero capaz de desafiar todos los peligros en que se halláron los héroes famosos de la caballería andante, como Amadis, Belianis, Bevis, ó su propio Guy de Warwick: el capitan Coxe solo, repetimos, despues de sus

dos zambullidas, se precipitó en lo mas recio del combate; sus vestidos y su caballo de madera estaban chorreando agua; sin embargo reanimó dos veces, con su voz y ejemplo, el valor de los Ingleses que flaqueaban, de suerte que al fin su victoria sobre los Dinamarqueses fué, como era justo y conveniente, completa y decisiva. Era muy digno de ser inmortalizado por la pluma de Ben Johnson, que, cincuenta años despues, dijo que una fiesta de máscaras, celebrada en Kenilworth, no podia ser principiada por ninguno tan bien como por la sombra del capitan Coxe sobre su terrible caballo de madera.

Estas diversiones campestres y algo groseras no estarán tal vez de acuerdo con la idea que ha formado el curioso lector de una fiesta representada delante de aquella Isabel, que hizo florecer las letras durante su reinado de un modo tan brillante, y delante de una corte que, gobernada entónces por una muger distinguida por su grande cortesía igualmente que por su ingenio y sabiduría, se hacia notar por su finura y delicadeza.

Pero sea que quisiese Isabel, por mera política, tomar parte en las diversiones populares, sea que su padre Enrique VIII le hubiese transmitido algunos de sus gustos,



lo cierto es que se reía de buena gana al ver de que modo las gentes de Coventry imitaban ó mas bien remedaban las costumbres caballerescas. Llamó á su lado al conde de Sussex y al lord Hunsdon, sin duda con el designio de indemnizar al primero de las largas audiencias particulares que habia dado al conde de Leicester, y trabó conversacion con él sobre un pasatiempo mas conforme á sus gustos que aquellos espectáculos burlescos. El gusto con que al parecer se reía y chanceaba la reina con sus generales, dió á Leicester la ocasion que buscaba de alejarse de la real presencia. Escogió tan bien el momento, que pareció este paso á los cortesanos un efecto de generosidad, por dejar con él á su rival un libre acceso cerca de la persona de la reina, en lugar de aprovecharse de sus derechos como señor absoluto del castillo, para ponerse constantemente entre sus miradas y sus propios rivales.

Pero en nada pensaba entónces Leicester menos que en manifestar semejante generosidad y cortesía, pues desde el momento en que vió que la reina conversaba con Sussex y Hunsdon, detras de los cuales estaba sir Nicolas Blount, escuchando con un palmo de boca abierta cada palabra que decian, hizo una señal el conde á Tresilian que observaba todos sus movimientos.

Salió del lado del parque, abriéndose paso por entre los espectadores que admiraban con la boca abierta la batalla de los Ingleses y los Dinamarqueses. Cuando se hubo separado de la multitud, con no poco trabajo, volvió la cabeza á ver si Tresilian habia podido hacer lo mismo; y viendo que le seguia de cerca, se dirigió ácia un bosquecito en que habia un criado con dos caballos. Saltó sobre el uno, diciendo á Tresilian que montase el otro, y Tresilian obedeció sin decir una palabra.

Leicester echó á correr á galope sin detenerse hasta un sitio retirado y rodeado de encinos, á una milla del castillo, del lado opuesto al que atraia la curiosidad á todos los espectadores.

Echó entónces pié á tierra, ató su caballo á un árbol, y dijo solo estas palabras:

— Aquí nadie podrá interrumpirnos.

Puso la capa sobre la silla del caballo, y sacó su espada.

Tresilian siguió su ejemplo, pero no pudo menos de decir:

— Milord, todos los que me conocen saben muy bien que no temo morir cuando mi honor se halla comprometido, y creo poder preguntar sin bajeza por que vuestra señoría se ha atrevido á hacerme una afrenta como la que nos ha puesto en este lance.



— Si no quiere vm. recibir iguales pruebas de mi desprecio, respondió el conde, eche vm. mano á su espada al momento, ántes que no vuelva á tratarle de la misma manera.

— No será necesario, dijo Tresilian. Que Dios nos juzgue, y que la sangre de vm. caiga sobre su cabeza, si llega á sucumbir.

Apénas habia acabado la frase, cuando se acercaron y empezó el combate.

Pero Leicester, que poseia á fondo el arte de la esgrima, habia aprendido á conocer bastante, en la noche anterior, la fuerza y destreza de Tresilian, para combatir con mas prudencia, y tratar que vengarse sin riesgo de su parte. Duraba el combate muchos minutos con una destreza y fortuna igual por ámbas partes, cuando Tresilian, dirigiendo un tajo furioso que Leicester evitó felizmente, se puso en una posicion desventajosa. El conde le desarmó y le arrojó por tierra, y con una sonrisa feroz puso la punta de su espada casi tocando á la garganta de su adversario. Poniendole el pié sobre el pecho, le mandó confesase los delitos infames con que le habia ofendido, y se preparase á morir.

— No tengo que arrepentirme de ningun delito ni infamia; en nada te he ofendido, respondió Tresilian, y estoy mas preparado

que tú á morir. Usa como quieras de tu ventaja, y Dios te perdone. Ningun motivo te he dado para que me aborrezcas.

— ¡Ningun motivo! exclamó el conde: ¡ningun motivo! Pero ¿á que fin gastar saliva con un ente tan vil? Muere como has vivido.

Habia levantado ya el brazo con intencion de matarle, cuando le cogieron por detras.

El conde se inclinó enfurecido para librarse de este obstáculo inesperado, y vió con la mayor sorpresa, que un muchacho de un aspecto raro se habia apoderado de su brazo derecho, agarrandole con tal tenacidad, que no pudo librarse de él sin emplear un tiempo de que se aprovechó Tresilian para ponerse en pié y empuñar su espada. Leicester volvióse á él con el mismo furor, y el combate hubiera vuelto á empezar con mayor encarnecimiento todavía, si el muchacho no se hubiese arrojado á los piés del conde, pidiendole á gritos que le escuchase un instante.

— Levantate y dejame, dijo Leicester, ó por vida de Dios, que te atravieso con mi espada. ¿Por que impides asi mi justa venganza?

— Por razones muy poderosas, señor, dijo el muchacho sin acobardarse. Mi locura es la causa de esta querrela sangrienta, y quizá de otras mayores desgracias tambien. ¡Ah! si quiere vm. gozar de una conciencia pura, si



espera vm. dormir en paz y al abrigo de todo remordimiento, lea vm. al punto esta carta, y haga despues lo que mas le acomode.

Hablando con un ahinco á que su fisonomía y su voz extraordinaria añadian no sé que de fantástico, dió á Leicester una carta cerrada con una larga trenza de cabellos. Y aunque estaba tan ciego con la rabia de ver que se le escapaba su venganza de un modo tan extraño, no pudo resistir el conde á este demandante extraordinario. Le arrancó la carta de entre las manos, perdió el color al ver el sobrescrito, soltó temblando el nudo que la ataba, y al mirar lo que estaba escrito en ella, titubeó, y se hubiera caido de espaldas, á no apoyarse en el tronco de un árbol. Permaneció así un instante, mirando la carta, tocando al suelo con la punta de su espada, y sin pensar al parecer en la presencia de un enemigo á quien habia manifestado un enojo tan implacable, y que hubiera podido tambien atacarle con ventaja. Pero Tresilian tenia una alma demasiado noble para una venganza semejante. Estaba, como el conde, absorto y sorprendido, aguardando el fin de este acceso extraño, pero dispuesto á defenderse en caso necesario contra todo ataque inesperado de Leicester, á quien creia poseido de nuevo de un verdadero frenesí. Creia en verdad reco-

nocer en el muchacho á su conocido antiguo Dickon, cuya figura no era fácil olvidar habiendole visto una vez; pero no podia imaginarse de que modo habia podido llegar tan á tiempo. Tampoco podia comprender por que se habia interpuesto con tanta energía, y sobre todo como podia tener tanto influjo sobre Leicester.

Pero la carta era muy suficiente por sí sola para causar efectos mas admirables todavia. Era la que la pobre Amy habia escrito á su esposo, esponiendole los motivos que la habian forzado á huir de Cumnor, y de que manera habia puesto en ejecucion su proyecto. Deciale que se habia refugiado á Kenilworth por implorar su proteccion, y le explicaba las circunstancias que la habian conducido al cuarto de Tresilian, suplicandole le asignase al punto un asilo mas conveniente. Concluia la carta con las mas solemnes protestas de un afecto inviolable y de una sumision absoluta á su voluntad en todo, y con particularidad en cuanto podia tener relacion con su actual estado, y el retiro que de ella exigia, pidiendo, como único favor, la sacase de entre las manos de Varney.

Al acabar de recorrer la carta, Leicester la dejó caer al suelo.

— Tome vm. mi espada, Tresilian, dijo



entónces, y atravesesme vm. el corazon, comò queria yo atravesarle el suyo hace un instante.

— Milord, dijo Tresilian, me ha hecho vm. una grande injusticia, pero una voz interior me ha repetido siempre que era efecto sin duda de algun error inconcebible.

— ¡Error fatal! dijo Leicester, y entregó la carta á Tresilian: me han hecho creer que un hombre de honor era un malvado, y un servidor infiel y disoluto me parecia el mejor de los hombres. ¡Muchacho miserable! ¿como llega hoy á mis manos esta carta? ¿donde se ha detenido el que debia entregarmela?

— No me atrevo á decírselo á vm., milord, dijo el muchacho, queriendo alejarse; pero ahí está el mensagero.

Al mismo tiempo llegó Wayland, y contestó á las preguntas que le hizo Leicester, explicando todas las circunstancias de su huida con Amy, las medidas criminales que la habian forzado á escaparse, y su deseo de ponerse bajo la proteccion de su esposo. Puso por testigos á los criados de Kenilworth, que no podian haber echado en olvido las preguntas reiteradas que ella les habia hecho sobre el conde de Leicester, luego que llegó.

— ¡Bribones! exclamó el conde: ¡indigno

Varney, el mas infame de todos! ¡y Amy se halla en este instante en su poder!

— Pero ¿ha recibido, dijo Tresilian, alguna órden funesta?...

— No, no, respondió el conde muy aprisa. Habia dicho alguna cosa en un acceso de cólera, pero esa órden ha sido revocada enteramente por medio de un correo que salió poco despues. Ella está ya, no hay duda, *debe* estar libre de todo riesgo.

— Sí, dijo Tresilian, ella *debe* estar libre de todo riesgo, y yo *debo* creerlo asi. Mi querella particular con vm., milord, se acabó; pero tengo otra todavia con el seductor de Amy Robsart, que se ha servido del infame Varney como de una cubertera para ocultar sus maldades.

— ¡El *seductor* de Amy! replicó Leicester con voz terrible, ¿diga vm. su esposo, su esposo engañado, obcecado, su indigno esposo! tan cierto es que ella es condesa de Leicester, como que yo soy caballero. Estoy pronto á hacerle todo género de justicia de muy buena gana, y no necesito añadir que no temo los medios que vm. pudiera adoptar para obligarme á ello.

La generosidad de Tresilian no le permitió hacer alto en ninguna consideracion personal, y todos sus pensamientos recayéron de



repente sobre la suerte de Amy Robsart. No tenia la mayor confianza en las mudables resoluciones de Leicester, que se hallaba demasiado agitado para dejarse guiar por la recta razon, y á pesar de las promesas del conde, no podia creer que se hallase Amy fuera de peligro mientras estuviese en manos de tales gentes.

— Milord, dijo con calma, no tengo intencion de ofender á vm., y estoy muy léjos de buscar nuevas querellas; pero los deberes que tengo que cumplir para con sir Hugo Robsart me obligan á ir al punto á decir á la reina lo que pasa, para que el rango de la condesa sea reconocido como debe serlo.

— No, señor, replicó el conde con orgullo, no sea vm. tan atrevido, ni pretenda intervenir en mis asuntos personales; solo la voz de Dudley proclamará la infamia de Dudley. Voy á declararlo todo á Isabel, y en seguida volaré á Cumnor como un relámpago.

Al decir esto, desató el caballo, puso el pié en el estribo, y corrió ácia el castillo á carrera tendida.

— Lleveme vm. consigo, señor Tresilian, dijo Flibbertigibbet al verle montar á caballo con la misma precipitacion: mi historia aun no está concluida, necesito de la proteccion de vm.

Tresilian accedió á su demanda, y siguió al conde. En el camino el muchacho le confesó, con el mayor respeto, que creyendo tener derechos á la confianza de Wayland, y picado del modo con que eludia todas las preguntas acerca de la dama que habia acompañado, se habia vengado ocultando la carta que Amy le habia dado para el conde de Leicester. Tenia la intencion de entregarsela por la tarde á él mismo, por estar seguro de encontrarle, teniendo que representar Wayland el papel de Arion en el espectáculo. Se habia asustado algun tanto al leer el sobrescrito; pero habia pensado tambien que Leicester no debia volver al castillo hasta la noche, y que por consiguiente Wayland no podia entregarsela ántes.

Peró Wayland no se dejó ver (porque segun hemos dicho, le habia echado del castillo Lambourne); Flibbertigibbet no pudo encontrarle, y no habiendo podido hallar ocasion de hablar á Tresilian, empezó á temer las consecuencias de su travesura, viendose comprometido por retardar asi una carta dirigida á un personage tan considerable como el conde de Leicester. La reserva ó mas bien el temor que Wayland habia manifestado con respeto á Lambourne y Varney, le hizo creer que la carta debia ser entregada al conde en



propia mano, y que podía causar perjuicio á la dama dandosela á cualquier criado. Habia procurado inútilmente obtener una audiencia de Leicester, porque los criados insolentes á quienes se habia dirigido con ese objeto le habian repelido al verle tan mal vestido y tan feo.

Habia estado muy cerca de lograr sus deseos, cuando, en virtud de sus pesquisas, halló en la gruta la cajita que no podía dudar pertenecía á la condesa, por haberla visto durante el viage; pues nada se escapaba á su perspicacia. Despues de haber procurado entregarla á Tresilian ó á la condesa, la habia puesto (como hemos visto) en manos de Leicester; pero no le habia conocido por desgracia, por hallarse disfrazado.

Al fin Dickon estuvo cerca de lograr su deseo la noche de las máscaras; pero al querer hablar al conde, se le adelantó Tresilian. Y como tenia un oido tan fino, los habia escuchado cuando se desafiaron, y se propuso acudir al mismo tiempo al *lugar del Placer*. Resolvió seguirles los pasos, porque empezaban á darle cuidado los rumores que corrian acerca de la dama entre los criados.

Una casualidad impidió á Dickon seguir los pasos del conde, y cuando llegó al pórtico, encontró á los dos adversarios riñendo. Acudió á dar aviso á la guardia, conociendo que

su travesura debia ser la causa de aquel lance que pudiera tener funestas resultas. Habiendose escondido en el pórtico, oyó tambien el segundo desafio entre Leicester y Tresilian. Por consiguiente habia seguido á los dos los pasos durante el combate de los habitantes de Coventry, cuando conoció, no sin grande sorpresa, á Wayland que estaba disfrazado, aunque no de un modo capaz de hacerse desconocido á la vista perspicaz de un compañero antiguo. Se separaron del gentío para comunicarse mutuamente sus designios. Dickon confesó á Wayland todo lo que acabamos de contar, y el artista le informó igualmente de que su grande inquietud sobre la suerte de la dama le habia hecho volver al castillo, luego que le hubieron dicho en un pueblo, separado como unas diez millas, en donde se hallaba muy de mañana, que Varney y Lambourne, á quienes temia, habian salido de Kenilworth la noche anterior.

En medio de su conversacion vieron á Leicester y Tresilian separarse de la multitud, y los siguiéron hasta el sitio en que montaron á caballo. Entónces fué cuando Dickon que, como sabe muy bien el curioso lector, tenia muy buenas piernas, llegó tan á tiempo para salvar la vida de Tresilian. Al acabar su historia el muchacho, bajaron á la torre de la galería.